

Envejecer es humano¹



SILVIA FLECHNER²

DOI: 10.36496/N136-137.A5

ORCID ID: 0000-0003-2808-7825

RECIBIDO: ABRIL DE 2023 | ACEPTADO: JUNIO DE 2023

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es poner en consideración el envejecimiento como etapa propia del final de la vida. Varias encrucijadas son las que se entrelazan a partir del hecho de envejecer; se hace hincapié en el cuerpo, la psiquis, la sociedad, la cultura en la cual dicho envejecimiento se encuentre inmerso, considerando a su vez el fenómeno del envejecimiento poblacional actual, así como también la situación global actual en la cual nos encontramos inmersos. La hiperconectividad, la violencia, el suicidio, la desintrincación de las pulsiones de vida y muerte que apuntan hacia la auto y heterodestructividad.

DESCRIPTORES: ENVEJECIMIENTO / NARCISISMO / PSICOANALISTA / MUERTE / PULSIÓN DE MUERTE / CULTURA

DESCRIPTOR PROPUESTO: LONGEVIDAD

- 1 Flechner, S. (2022). Envejecer é humano. *Revista De Psicanálise Da SPPA*, 29(3), 365-386
- 2 Miembro titular en funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. silvifr77@gmail.com

SUMMARY

The objective of this paper is to consider aging as a stage of the end of life. The fact of aging intertwines several crossroads. Emphasis is placed on the body, the psyche, society, and the culture in which said aging is immersed - considering, in turn, the phenomenon of current population aging as well as considering the current global situation in which we find ourselves immersed. Hyper connectivity, violence, suicide, and disentanglement of life and death drive lead us toward self and hetero destructiveness.

KEYWORDS: AGING / NARCISSISM / PSYCHOANALYST / DEATH / DEATH INSTINCT / CULTURE

CANDIDATE KEYWORD: LONGEVITY

Varias encrucijadas son las que se entrelazan a partir del hecho de envejecer. Entre ellas, se dan cita el cuerpo, la psiquis, la sociedad, la cultura en la cual dicho envejecimiento se encuentre inmerso. Pero, por sobre todo, la cita más importante es la que nos damos con nosotros mismos al intentar escribir sobre un tema tan removedor. Tal vez por ello me sea difícil escribir este texto en tercera persona, algo de lo íntimo y también de lo ajeno se expone en este trabajo.

Sabemos que nuestra vida es finita, imperfecta e incompleta. A lo largo de ella, iremos cambiando transformándonos, contradiciéndonos, sintiendo que llevamos dentro nuestro una innumerable cantidad de mundos interiores que hemos de visualizar en la medida que van pasando los años. La diversidad de aspiraciones por la que va recorriendo nuestra vida puede generar logros y también inevitables fracasos, y si bien se puede trabajar sobre ellos, nosotros –analistas– maduramos continuamente la idea de que el análisis personal constituye una herramienta fundamental para transitar esos duros momentos de la vida.

Desde el punto de vista psicoanalítico, ha sido invaluable la escucha, que durante años me ha permitido –a través de la transferencia-contratransferencia– comprender, aprender, acompañar, madurar y ¿por qué no?

envejecer junto a numerosos pacientes. Los años han ido pasando, y con ellos se da el crecimiento personal y profesional, mientras que a su vez voy notando una cierta nostalgia con el paso del tiempo.

Mientras voy plasmando mis ideas, me voy preguntando por los espacios en los que el envejecimiento se muestra y se oculta. Logramos estar atentos a las fragilidades e inestabilidades que se nos hacen visibles con su arribo. Sin embargo, transitamos nuestro envejecimiento sin notar a cada paso y en cada momento lo que va ocurriendo en nuestro cuerpo y en nuestra psiquis.

Entonces, ¿cómo se transita? ¿Cómo sé que estoy declinando? ¿Lo sé, pero no quiero reconocerlo? Será así necesario explorar los vínculos con uno mismo y también con el otro. Nos encontraremos con los peligros de los retraimientos depresivos, melancólicos, con los ataques contra nosotros o contra los demás, con las negaciones y con aceptaciones tristes que hablan solo de finales concluyentes, aun cuando estos puedan transformarse en momentos creativos y productivos.

Dicha etapa nos conducirá a realizar una labor forzosamente ardua: la revisión de nuestra propia vida, ya que de la forma en que haya sido vivida dependerá, entre otras cosas, nuestra manera de envejecer. Este hecho será fundamental para transitar duras pruebas, tales como no sentirse ya vigente, efectivo, con una autoestima fluctuante y un cierto temor al mañana. No siempre se puede realizar ese esfuerzo de salida hacia adelante porque el sufrimiento, el dolor, las pérdidas y el duelo existen.

Espacio, tiempo y subjetividades pueden encontrarse en un estado de angustiada disolución. Habrá incertidumbres que permanecerán a oscuras, habrá tiempo que no pasa, como si de pronto retornáramos al desamparo inicial, que de alguna forma siempre estuvo acompañándonos, dejando sus huellas desde épocas muy tempranas.

Como psicoanalistas, nos encontramos en el marco de una profesión que –entre sus aspectos positivos o negativos– no consta de un límite de edad de retiro. Será así como, más tarde o más temprano, tendremos que encarar el trabajo de renuncia a las pasiones afectivas que ello genera.

Parece difícil en muchas ocasiones ser conscientes de que la hora del retiro puede haber llegado. Es entonces cuando aparecen otras voces –generalmente, críticas– que generan en cada analista una pérdida en la

autoestima. Esta puede ir acompañada de cierta pérdida de la autocrítica personal. Sin embargo, el efecto de esas voces puede vivirse como una reunión de colegas, amigos, compañeros con los cuales los vínculos se habían caracterizado por el respeto, la complicidad y el trabajo en conjunto, mientras que, de pronto, ese mismo grupo se vuelve hostil, crítico e insensible. No es extraño entonces que hagan aparición situaciones de agresividad, violencia, soberbia; innumerables situaciones que de pronto nos producen una sensación de desconocimiento hacia los demás y a su vez hacia nosotros mismos.

La dificultad de aceptación del límite para el psicoanalista colisiona con el complejo contexto institucional. La marca del paso del tiempo, en función de los proyectos e ideales trazados -aun cuando estos se hayan logrado- genera heridas narcisistas. Dichas heridas se viven como experiencias lejanas, como si fueran situaciones que les sucederán a los otros cuando aún la vejez parece ser lejana. Sin embargo, en algún momento aparece aquella herida que alguna vez observamos, mostrándose ineludible, transportándonos a vivir o quizás sobrevivir bajo el manto oculto del deseo de revivir aquellos momentos trascendentales del pasado una y otra vez.

Marcos Lijtenstein nos aclara, en su trabajo *La soledad del analista* (1984):

No solo el analizando está condenado a repetir lo que no recuerda. El analista puede perder de vista que no todo lo que pasa en el análisis es análisis [...]. Así como múltiples horas de «aquí ahora conmigo» podrían deformar al analista en la creencia de que es el ombligo de sus analizandos [...]. Cuánto más fácil -frente a tanto riesgo- encerrarnos en la convicción de que el paciente nos necesita. Solo que la noble convicción puede también volverse una racionalizadora convicción [...]. No puede un analista bajar la guardia frente a estos centros ilusorios de poder: si nos dejamos atrapar acabaremos asfixiados de nosotros mismos, esto es, de narcisismo. (pp. 97-98)

Somos conscientes de la posibilidad de terminar asfixiados en nuestro propio narcisismo, lo somos también con respecto a nuestra omnipotencia, pensando que el paciente nos sigue necesitando; mientras, a veces la

situación puede ser muy diferente: que sea el paciente –aun a sabiendas– que no logre dejar al analista, ya muy mayor y tal vez enfermo. Podrán ser culpas u otras razones, tantas como situaciones han ido apareciendo a lo largo de los años. Ejemplos sobran, cada uno de nosotros ha pasado por la experiencia de «saber» que el tiempo del análisis, supervisión, docencia, grupos de estudio ha llegado a su fin, pero, aun así, ¿quién se atreve a insinuar que el final ha llegado?

A DES-TIEMPO

En el tiempo que me llegó la invitación para escribir sobre este tema tan profundo, me encontraba, a su vez, supervisando a un candidato que se encontraba analizando a una paciente de veintidós años, estudiante avanzada de medicina. El análisis había comenzado con algunos malestares físicos de la paciente, fundamentalmente con relación a las vías digestivas. En la supervisión subsecuente, el supervisando llegó francamente angustiado, dado que a su paciente le habían diagnosticado un cáncer de recto en estado avanzado con metástasis hepáticas. Siempre había resaltado de ella su excelente nivel académico, su astuto humor y sus deseos de finalizar su carrera para comenzar a ejercer.

Ese día le anunció que tenía cáncer, que sabía que le quedaba poco tiempo de vida e intentó hacerle un comentario con cierta dosis de humor, tal vez notando la angustia en la cual quedó de pronto sumido su analista. Así fue como le respondió: «Para bien mío, no voy a llegar a sufrir los dolores de la artritis ni artrosis, ni me voy a operar de cataratas, ni me van a tratar de vieja chota, como les sucede a todos los viejos».

Luego, rompió en llanto; conocía bien los tratamientos de oncofertilidad (Kimelman y Taranto, 2022) en mi país para poder dejar óvulos para su fecundación, pero no tenía pareja, era hija única de padres separados. Noté qué difícil era para un analista joven (unos años mayor que su paciente) aceptar el irremediable dolor de una próxima muerte. Fundamentalmente cuando esta aparece cambiando ese orden cronológico u «ordenesperado», en el cual los padres mueren antes que los hijos.

Se notaba en el analista un dolor intenso, un malestar que no lograba expresar más que como una cierta confusión. Tal vez fuera esa herida narcisista

que comenzamos a conocer luego de emprender un largo viaje como analistas adentrados ya en nuestra profesión. Pero, en este caso, su angustia no permitió que surgieran preguntas en forma inmediata, sino que aparecieron en supervisiones posteriores: ¿Por qué a ella? ¿Por qué a *mi* paciente? «No tengo aún herramientas suficientes para enfrentarme a la próxima muerte de una mujer tan joven... Me podría haber pasado a mí...».

Su situación me llevó a preguntarme si es que los analistas mayores -lo cual significa, en este caso, con más experiencia- estamos más preparados para este tipo de situaciones, ya sea por experiencias de vida y trabajo, análisis, supervisión, o es en realidad nuestra propia historia, que nos dispuso y preparó para poder brindarle a un joven analista la contención necesaria que, junto con el análisis, le permitiera acompañar a un paciente terminal sin que la angustia, el dolor y sus identificaciones lo desbordaran.

Cuando el albor de la vida se extingue tempranamente, solo queda el duelo, la angustia y el sufrimiento ante la pérdida irremediable de existencias que se desvanecen precozmente. Cuando la muerte aparece en forma repentina en niños o jóvenes cuya vida aún no ha logrado disponer de la posibilidad de historizarse, deja una marca imborrable que cambiará para siempre el transcurrir de la historia de los sobrevivientes.

Si la vida del ser humano logra su propia continuidad, otras serán las marcas del recién nacido y su entorno, pero siempre contamos con los factores traumáticos que se van sumando en cada vida y, como guijarros en el camino, van marcando el territorio somato-psíquico de cada ser humano. La vida de todos nosotros está atiborrada de situaciones desconocidas que nos mantendrán permanentemente en un estado de alerta porque, en muchos momentos y por diferentes razones, no somos amos de nuestros destinos.

MORIR O VIVIR MUERTO

En estos tiempos violentos que transcurren a lo largo del siglo XXI, sabemos que, tal como ha sucedido en siglos anteriores, las muertes no suceden de a una, sino que las guerras, los desastres naturales, las enfermedades que han arrasado y aún arrasan el planeta pueden aniquilar a un número incalculable de vidas humanas. Pueden también dismantelar nuestras certezas, llevándonos a vivir con un indudable temor que nos acompañará en

forma invariable, generalmente sin que lo notemos ni lo concienticemos, hasta que alguna situación precisa lo deje en evidencia. La pandemia nos ha demostrado una vez más nuestra fragilidad, a otros los ha conducido por el camino de la absurda omnipotencia. Otros optaron por encerrarse, esconderse, sin que ello signifique tampoco la salvación.

Las pandemias, así como las guerras o los desastres naturales, nos llevan a agruparnos en portadores de un trauma colectivo. Cuanto más frágil sea un colectivo, más fácil es penetrarlo. En esta pandemia que hemos vivido y aún padecemos, el colectivo más frágil se conoció como «grupo de riesgo», que, traducido a cualquier idioma, significa hombre o mujer mayor de 65 años con alguna patología previa (sobre todo, respiratoria). A la enfermedad y la muerte no es preciso darles pistas, saben dónde quieren ir (Flechner, 2020). La célebre frase «Quédate en casa», «Stay home», escrita en todos los idiomas supuso una forma de cuidado, mientras que, por otro, favoreció que psiquismos frágiles finalizaran desestructurándose.

En muchas ocasiones –tal vez, la mayoría– no hemos podido siquiera despedirnos de nuestros seres queridos y, por lo tanto, cargamos con un dolor más, faltó ese apoyo, único e irrepetible, una mano sobre otra, que de alguna manera para quien queda vivo deja ese sentimiento de haber estado presente hasta la partida final.

El miedo y la angustia nunca es ajeno al ser humano; tal vez lo que percibimos hoy son nuevas formas de enfrentarnos a ciertos miedos que pueden permanecer latentes, pero de pronto algún acontecimiento puede activarlos de forma inédita. Un ejemplo actual de ello es la hiperconectividad de las redes sociales; esta se ha convertido también en una especie de «nueva horda primitiva» que, en los intersticios de su escritura, logra generar situaciones de odio, racismo, malestar e incluso agresiones y embestidas personales o grupales, sin otro motivo que no sea una expresión de violencia, odio y degradación de cualquier ser humano.

Este nuevo modelo parecería lograr generar movimientos humanos que recurren a este instrumento para realizar los mismos ataques que conocemos desde hace siglos, mostrándose ahora con un poco más de sofisticación y el anonimato brindado por la tecnología que se manifiesta en forma descontrolada. El miedo o pavor que estas situaciones generan no son desconocidos; los ataques genocidas que se presentan en cualquier

lugar del planeta y asesinan a niños, jóvenes, adultos, grupos LGTBQ provocan inevitablemente situaciones traumáticas de tal magnitud que algunas tienen un carácter irrecuperable. Por lo tanto, vivir en la muerte, rodeado de muerte o esperándola es casi sinónimo de no pertenecer más al feudo de los mortales³.

Ya se lo preguntaba Freud (1915/1976a)

¿Por qué los individuos-pueblos en rigor se menosprecian, se odian, se aborrecen y aún en épocas de paz, y cada nación a todas las otras? Es bastante enigmático. Yo no sé decirlo. Es como si, al reunirse una multitud, por no decir unos millones de hombres, todas las adquisiciones éticas de los individuos se esfumasen y no restasen más que las actitudes anímicas más primitivas, arcaicas y brutales. (p. 290)

En varios momentos de mi vida me pregunté si las hordas a las que hizo referencia Freud tendrían tal vez cierto símil con la biología y tal vez la genética. Pensemos que si, en determinado momento de la vida y a cualquier edad, puede generarse una mutación celular, dicha mutación desencadenará la mutación de numerosas células que dan por resultado la manifestación, por ejemplo, de un cáncer, las hordas de células malignas se van agrupando e invadiendo un órgano. Puede haber un cierto control a través de tratamientos inmunológicos, pero en un sinnúmero de casos, triunfa la malignidad.

Me encontré entonces con el trabajo de J. C. Ameisen (1999), quien explica que «la deconstrucción del cuerpo, a medida que este se construye, es uno de los componentes esenciales de la complejidad. La apoptosis⁴ es un proceso de autosupresión ordenado» (p. 65). Así, los procesos de

- 3 La muerte de niños baleados en colegios por sus propios compañeros es una situación que genera un enorme estado de conmoción a padres, alumnos y docentes. Son masacres cometidas en numerosos países, sea Estados Unidos, Rusia, Brasil, etc. Los actos de violencia dejan hoy en día un innumerable saldo de familiares y amigos para los que reponerse del trauma resulta imposible.
- 4 Apoptosis es el nombre que los antropólogos John Kir y Andrew Miller propusieron en 1972. Basada en la comparación con la necrosis, la apoptosis exhibe características singulares. «En tanto que la necrosis da la imagen de un fenómeno de explosión, la apoptosis se asemeja a un fenómeno de implosión» (Goutal-Valière, 2003, p. 21).

autodestrucción obedecen a señales, al igual que el proceso de creación. En cada etapa del desarrollo, la muerte «esculpe» la forma del embrión (Green, 2007/2014b).

Ameisen (1999) se refiere también a que

el destino de cada una de las células depende de la calidad de los vínculos provisorios que ha tejido con su entorno, cada una de nuestras células tiene a lo largo de su existencia y en todo momento el poder de autodestruirse en algunas horas. Y la supervivencia del conjunto de células que nos componen - nuestra propia supervivencia - depende de su capacidad de encontrar, en el medioambiente de nuestro cuerpo, las señales que les permitan reprimir día tras día, el desencadenamiento de su suicidio. (p. 65)

En consecuencia, y de acuerdo con Green (2007/2014b), todos tenemos los días contados, la vida no es más que la neutralización de los poderes autodestructivos.

Hoy en día parecería que no hay un deseo de morir (salvo en aquellos casos donde la muerte es buscada, tanto sea por suicidio, por accidentes provocados en forma inconsciente, por enfermedades terminales que nos llevan a cuestionar siempre su aparición). Morir parecería ser una trampa desvergonzada a los esfuerzos que invariablemente notamos por alcanzar la eterna juventud, la instantaneidad del mundo virtual, la inmortalidad.

Los viejos rituales y ceremonias en honor al difunto se han acortado, a veces son casi inexistentes, tan mal llevados que nos preguntamos si realmente tienen sentido. El período de duelo -si no adviene un duelo patológico- parece haberse acortado, alcanzará con unos meses: más largo parece indecoroso, menos tiempo parecería extraño.

¿Y el famoso diablo faustiano? El diablo solo pide el alma, abandonó el lugar, ya no hay pacto, ya estamos muertos muy frecuentemente porque lo que atormenta ahora parece ser la vida. Uno y mil sustitutos han llegado para evitar la queja, el dolor, la vida extenuante: así apareció el antidepresivo, el ansiolítico, la morfina, la marihuana que inicia la cadena de sustancias que realizan esa acción mágica de olvidar el propio duelo y también el deseo. Sin olvidarnos también del alcohol, ese primer anti-depresivo de duración tan corta que siempre debemos volver a él porque

logra convertirse en el objeto perdido, corriendo el riesgo de perder la propia identidad, llegando a los abismos de la destrucción. Con todos los actuales sustitutos, quedamos desarraigados, desinvertidos, sin lograr seguir un itinerario medianamente claro, mientras que, a su vez, millones de seres humanos permanecen también sin territorio, sin espacio, sin hogar, sin identidad.

¿Será que ya no queremos morir o ya estamos muertos? La muerte se ha vuelto una burla insostenible a los esfuerzos de mantener la juventud eterna, de instantaneidad de los mundos fantaseados y de los mundos virtuales. ¿Cómo desembalsamar aquellos cuerpos aturridos en el vértigo, en una anestesia continua donde el aumento de objetos logra aturdirnos? ¿Qué preservamos de aquella soledad en compañía? ¿Dónde quedó el fantaseado albergue familiar?

LA PULSIÓN DE MUERTE NO ES LA MUERTE

La cualidad de los afectos y sus palabras tienen como objetivo mantener unido al Yo y su correlato, el narcisismo. El narcisismo es una piedra angular en la construcción de la pulsión de muerte. *Más allá del principio del placer* (Freud, 1920/1976d) da cuenta, entre otros temas esenciales, de una desilusión acerca de la creencia en el placer como guía de la construcción del mundo psíquico. Fue Green (1983/1986) quien se preguntó qué ocurre con la teoría del narcisismo en relación con los conceptos de pulsión de vida y pulsión de muerte. Mientras que el primero aspira a la unidad del yo y ejerce una función objetualizante, el segundo expresa la tendencia a llegar al grado cero de excitación, al servicio de una función desobjetualizante, actividad bajo la dominación de la pulsión de muerte. Propuso entonces distinguir, dentro de la teoría freudiana tardía, un narcisismo de vida que se superpondría en general con el descrito por Freud en 1914, y un narcisismo de muerte. Lo que hay que admitir es el par construcción-destrucción y amor-odio en antagonismo y agonismo, porque estamos hechos de él y todo lo que hacemos no es otra cosa que la consideración de su intrincación y desintrincación.

La finalidad fundamental de la pulsión de muerte es la desinversión y el desenganche. Manteniendo la idea de que la pulsión de muerte es primeramente dirigida hacia el *self* y luego, subsecuentemente, vuelta hacia

fuera contra el objeto en forma de agresión, Green ve en la tendencia a la autodestructividad, el primer exponente de la pulsión de muerte. En su forma más radical, no ataca solamente el objeto o la relación de objeto, sino que también afecta el ego o los procesos de catexis en sí, empobreciendo la función mental y desvitalizando y vaciando los estados psíquicos. Esta retracción de catexis o función desobjetalizante le ha servido para entender los casos severos psicopatológicos, tales como depresión suicida o psicosis.

Cuando nos toca entrevistar a un adulto fatigado y maltrecho en su vida afectiva, que se ha dejado abatir hasta ser un desecho humano, recordaremos que es aquel cuerpo, el del recién nacido, tan pequeño, el que habla en él y reclama una atención que ningún adulto puede ni pudo prodigarle. Estas situaciones parecen dar testimonio de una aspiración incoercible al fracaso, al displacer, al sufrimiento, a la fuerza de la autodestructividad de la pulsión de muerte.

En *El malestar en la cultura*, Freud (1930 [1929]/1976b) hacía referencia al instinto agresivo natural del hombre, la hostilidad hacia el otro, que fue expresado con la frase «*homo homini lupus*» («el hombre es el lobo del hombre»), oponiéndose al programa civilizatorio que corre el riesgo de desintegración de la sociedad civilizada.

Sin embargo, no podemos dejar de lado las perversiones que también posee la pulsión de muerte, así lo refiere Judith Butler en el campo de los procesos legales: haciendo referencia a la pena de muerte, expresa que cuando el Estado mata y lo justifica, promulga venganza a través del proceso de su razonamiento, la violencia legal no tiene diferencias con la ilegal, excepto que ahora el Estado realiza el acto y expresa sus justificaciones. La violencia incluida en el acto de la pena de muerte no es destructiva forzando la pena de muerte *per se*, sino que lo es el proceso legal que la justifica. Ese acto que la justifica es una idealización de una pulsión de muerte desactivada, una perversión caracterizada por su silenciosa fecha límite.

LAS ELIPSIS DE LA VIDA

Vivimos entonces en una elipsis, a la cual vamos agregando más interrogantes que parecen sumarse a las ya existentes. Este término gramatical podría auxiliarnos para vislumbrar nuestro inicio y nuestro fin en la vida.

Una elipsis es la suspensión u omisión intencional de una o más palabras de una frase que desde el punto de vista gramatical debería estar presente; sin embargo, se sobreentiende. Es también la supresión o ausencia de algún acontecimiento dentro de la linealidad temporal del relato, el discurso o la historia. Representa una pausa, sugiere algo intencionalmente no dicho. En suma, son los famosos tres puntos utilizados como herramienta de los escritores porque logran simbolizar un cierto silencio en su texto.

¿Acaso no comenzamos y finalizamos nuestra vida con esa ausencia y desconocimiento de nuestras futuras vivencias, así como también de nuestra propia muerte? El desconocimiento de lo que nos deparará nuestra vida queda así marcado por una elipsis. Cuando nuestra psiquis adquiere la posibilidad de presentir que habrá un futuro, comenzará el fantaseo consciente de ciertos hechos que existieron desde nuestro nacimiento, pero aún no había palabras para nombrarlos, el despertar a la existencia de un futuro generará diferentes encuentros con nuestros deseos, conscientes e inconscientes. Sin embargo, sabemos que nuestra vida -me refiero a la de todos los seres humanos- no es lineal, dependerá de numerosos factores; algunos tan iniciales que creíamos conocer también nos son ajenos.

Así lo expresa Ricoeur (1960/1970):

Yo nací en algún sitio: una vez «puesto en el mundo», en lo sucesivo percibo ese mundo por una serie de cambios y novedades a partir de ese lugar que ni escogí ni puedo evocar con mi memoria. Entonces mi punto de vista se desgaja de mí como un destino que gobierna mi vida desde fuera. Mi nacimiento como acontecimiento para los demás, no para mí. El que yo haya nacido en Madrid o en Barcelona es algo que afecta a los otros. Por mi parte, yo estoy aquí y con relación a este aquí los otros están allí abajo o allá arriba. Mi nacimiento, como acontecimiento para los demás tiene lugar con relación a ese allí que para el otro constituye su aquí. Por consiguiente, mi nacimiento no pertenece a mi aquí primordial, y yo no puedo engendrar todos mis «aquí» a partir de mi lugar de nacimiento; al revés, partiendo del aquí *absoluto*, que el aquí-ahora -el *hic et nunc*- es como yo pierdo el rastro de mis primeros «aquí» y necesito mendigar de la memoria de los otros, el recuerdo de mi lugar de nacimiento. Esto equivale

a decir que mi lugar de nacimiento no figura entre los «aquí» de mi vida y que por lo tanto no puede engendrarlos.

El recién nacido está entregado a otro; si todo sale medianamente bien, tendrá una madre y un padre, un posible entorno familiar, pero dependerá -entre las numerosas dependencias que requiere- de los estados de ánimo de quienes lo rodean. En los momentos que siguen al parto, probablemente su estado emocional y espiritual no esté tan desligado de la madre y del mundo uterino, pero sí lo está su cuerpo; será a partir de ese cuerpo biológico y en forma paulatina que dicho cuerpo alcanzará la cualidad de cuerpo erógeno activado por ese auxiliar: madre o sustituto, que no solo lo asiste, sino que le brinda ese plus afectivo y amoroso.

Será un estado de dependencia primaria que busquemos y del que rehuimos con enorme energía a lo largo de toda nuestra vida en mayor o menor grado.

VIDA Y MUERTE DE LOS AFECTOS

Desde los inicios, Freud plantea la hipótesis acerca de la disociación del afecto y de la representación, dándoles un tratamiento diferente a ambos. El lenguaje del afecto es fisiológico y se experimenta en términos energéticos y de inervación corporal, mientras que la representación está relacionada con las trazas mnémicas.

Así lo refiere C. Chabert (2016). La representación no cambia de *naturaleza* porque ella es consciente o inconsciente, pero lleva consigo el riesgo de la «infidelidad», muy precisamente con las percepciones. El afecto no tiene más que una vía de expresión directa; puede ser transformado, modificado, ignorado, vuelto en su contrario, pero en la experiencia del sujeto, ocupa un estatuto de existencia cuya realidad no puede ser negada, excepto para denegar, en el mismo movimiento, la existencia del sujeto que lo experimenta.

Si el afecto es una mirada al cuerpo perturbado, el afecto atrapado en la red del narcisismo sería una mirada «desexualizada», que busca mantenerse del lado de la vida, pero corre el riesgo de morir por desgaste de sus propias fuerzas de vivir, un enigma evocador y traumatizante.

Así relató Bioy Casares cómo se enteró de la muerte de su amigo Jorge Luis Borges:

Después de almorzar en La Biela, decidí ir hasta el quiosco para ver si tenía «Un experimento con el tiempo». Un individuo joven, con cara de pájaro [...] me saludó y me dijo, como excusándose: «Hoy es un día muy especial». Cuando por segunda vez dijo esa frase le pregunté: «¿Por qué?». «Porque falleció Borges. Esta tarde murió en Ginebra», fueron sus exactas palabras. Seguí mi camino, sintiendo que eran mis primeros pasos en un mundo sin Borges. Que a pesar de verlo tan poco últimamente yo no había perdido la costumbre de pensar: «Tengo que contarle esto. Esto le va a gustar. Esto le va a parecer una estupidez». Pensé: «Nuestra vida transcurre por corredores entre biombos. Estamos cerca unos de otros, pero incomunicados. Cuando Borges me dijo por teléfono desde Ginebra que no iba a volver y se le quebró la voz y cortó, ¿cómo no entendí que estaba pensando en su muerte? Nunca la creemos tan cercana. La verdad es que actuamos como si fuéramos inmortales. Quizá no pueda uno vivir de otra manera. Irse a morir a una ciudad lejana tal vez no sea tan inexplicable. Cuando me he sentido muy enfermo a veces deseé estar solo: como si la enfermedad y la muerte fueran vergonzosas, algo que uno quiere ocultar. (en Cadierno, 14 de junio de 2020, párr. 7-11)

Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares cultivaron una amistad paradigmática en la que no había secretos, como lo prueban sus diarios íntimos. Borges murió en 1986.

«Yo podría quemar mis manos jurando que lo que quería era que lo trajeran acá», afirmó Bioy, luego de relatar una anécdota sobre un diálogo entre ambos, al final del cual Borges sostuvo: «Yo quisiera estar en el cementerio de acá...», en alusión a la Recoleta. (Redacción Perfil, 15 de marzo de 2009, párr. 2)

Lo dijo Bioy el 3 de febrero de 1999, 35 días antes de su propia muerte, a un equipo periodístico.

La elipsis en el habla se expresa en oraciones que dejamos sin terminar por una variedad de razones. Tal vez olvidamos lo que queríamos decir o tal vez nuestros oyentes ya saben lo que diremos, por lo que no es necesario que lo digamos. ¿Sería esta la razón por la cual Borges cortó la comunicación con Bioy? Por escrito, esta ocurrencia se representa con puntos suspensivos. Lo doloroso, lo vergonzoso, pero también la soledad que nos recorre cuando nuestros seres queridos, familiares y amigos se van es perder, en la oscuridad de sus muertes, parte de nuestra propia vitalidad e ilusiones. Ya sea dicho o escrito, las emociones que estos hechos generan son puntos suspensivos que en cierta forma son propios del transcurso de la vida de cada uno de nosotros.

La muerte no es solo el instante irremediable en el que cesan las funciones vitales, o quizás ese sea un tipo de muerte. Está la otra, la de la soledad, la de la angustia y el dolor. Es cierto que quedarán algunos acompañándonos, pero los otros que se van sumando son demasiados y sus recuerdos nos abruma.

LA FINITUD

Podría creerse que se puede empezar directamente una meditación filosófica sobre la finitud partiendo de la consideración del cuerpo propio. Es cierto que todas las pruebas de finitud me remiten a la relación insólita que me une con mi cuerpo. Pero ese nudo de finitud no es lo primero que aparece: lo que aparece primero, lo que se manifiesta, ante todo, son las cosas, los vivientes, las personas que se mueven en el mundo... ¿Diré entonces que mi finitud consiste en que el mundo no se me descubre más que por mediación del cuerpo?

Paul Ricoeur, 1960

El término *finitud* proviene del latín *finitudo*, de *finis*, cuyo significado es «límite». Características de las cosas que tienen límite. En la filosofía griega, *péras* es el límite como propiedad de las cosas que poseen definición, armonía, orden, perfección, en oposición a lo ilimitado, *ápeiron*, que es a la vez informe, imperfecto e inacabado.

De Hegel proceden las diversas y divergentes teorías filosóficas modernas sobre la finitud: entre otras, la de Heidegger, para quien la pregunta por el sentido del ser es también la pregunta por la finitud del hombre, raíz de su temporalidad y su historicidad, y hasta su «ser para la muerte».

Melich nos dice, en *Filosofía de la finitud* (2012), que la finitud no es la muerte, sino la vida. Si somos finitos es porque vivimos siempre en despedida y no podemos controlar los deseos, recuerdos y olvidos porque el nuestro es un mundo que nunca nos pertenece del todo ni será plenamente cósmico, ordenado o paradisiaco. Somos el resultado del azar y de la contingencia, y no tenemos más remedio que elegir en medio de una terrible y dolorosa incertidumbre. Una vida finita no conseguirá eludir la amenaza del caos ni estará capacitada para cruzar las puertas del paraíso. Ser finito significa que no podemos crear a voluntad nuestra existencia porque, querámoslo o no, recibimos una herencia que nos obliga a resituarnos a cada instante.

Freud ha sido claro en «Nuestra actitud hacia la muerte» (1915/1976a), sosteniendo que la muerte propia no se puede concebir, ya que sobrevivimos como observadores, sosteniendo que, en el fondo, nadie cree en su propia muerte o, lo que viene a ser lo mismo, decir que, en el inconsciente, cada uno está convencido de su inmortalidad.

Atrevernos a pensar en envejecer generará para cada cual diferentes sensaciones, sentimientos, emociones. Implica ante todo aceptar las pérdidas, las nuestras y las de nuestro mundo circundante. Sabemos que nuestro potencial físico está destinado a disminuir; sin embargo, si la psiquis sigue abierta, hacia uno mismo y hacia los demás, si no caímos en las garras del Alzheimer o la demencia, ¿es posible cambiar la mirada hacia la vejez?

Atraverse parece ser un término que podría guiarnos hacia el camino de evitar la reducción a «matar el tiempo», desplomándonos así en la inactividad, el duelo y el dolor, hasta que realmente nos llegue inexorablemente la muerte. Si logramos desviarnos de este camino tan conocido, tendremos que aceptar el desafío de ir en busca de cierta transformación, proponiendo un proyecto de vida para el tiempo que nos queda. Dicha transformación es solo posible si estamos dispuestos a aceptar que la muerte llegará algún día, sin sentarnos a esperarla; que llegará es nuestra única certeza.

¿Existe acaso el término «envejecer bien»? Es cierto que algunos lo logran. Olivia Rodrigo⁵, de 94 años, cantó y compuso durante toda su vida; fue uno de sus nietos quien descubrió sus composiciones, la alentó a cantar sus propias melodías juntos, y consiguió así un triunfo inesperado: el Grammy a la mejor «nueva» artista, en 2022.

Sin embargo, podemos también negarnos. La negación del envejecimiento puede ser la resultante de un desconocimiento hasta cierto punto positivo si es que ello nos permite seguir avanzando. También podemos reconocer los signos del envejecimiento e intentar adaptarnos a ellos. Tal como un péndulo, cada uno ajusta y reajusta estos movimientos antagónicos, intentando encontrar una forma de equilibrio a lo largo de la vida. La búsqueda de este equilibrio es, justamente, el trabajo de toda una vida, sabiendo que sufriremos mucho más si las representaciones de la vejez son violentas. El camino de la creatividad humana, los encuentros con seres queridos permiten al menos interrogarnos sobre algunas fortalezas y muchas fragilidades que se pondrán en juego a lo largo del envejecimiento.

¿EXISTE UN CIERTO MALESTAR ESPECÍFICO HACIA LA VEJEZ ACTUAL?

En *El malestar en la cultura*, Freud (1930 [1929]/1976b) ya se refería a un mecanismo de resexualización de la moralidad cultural civilizada, de apropiación de instancias superyoicas individuales y colectivas por necesidades instintivas (que habían sido reprimidas), tanto sexuales como ligadas a la pulsión de muerte, que conducen a un debilitamiento de la figura de autoridad legítima. Añade que una profilaxis psicológica colectiva de esta situación es deseable, pero que es imposible porque ya no existe ningún lugar de autoridad legítima desde donde promulgarla, ya que es precisamente el superyó cultural civilizado colectivo el que se ve afectado por el «malestar». Nuestra evolución contemporánea valida esta hipótesis.

Sin embargo, hoy en día los conflictos parecen haberse complejizado aun más: *La barbarie con rostro humano*, como expresa Henri Lévi

5 Grammy awards 2022 Olivia Rodrigo de 94 años, cubana de nacimiento y nacionalizada estadounidense fue la ganadora del Grammy como mejor nueva artista.

(1977/1978) en el título de su propio libro, ya no es la civilización la que no logra superar la bestialidad en el ser humano, sino la barbarie de siempre que, en forma altanera, muestra su ineptitud e incompetencia. El término *destrucción*, de sí mismo y de los otros, y tal como lo refiere Green (2007/2014a), destrucción también del alma y del psiquismo, ya es más difícil de apreciar, puesto que siempre se sospecha que la vida está enmascarada por las apariencias. La destrucción del alma es lo que, en la guerra, busca toda empresa de sojuzgamiento y dominación, que se opone al otro: el extranjero, el malo, el aborrecido. ¿Y, por qué no, el viejo?

Tristemente, envejecemos observando la imparable ausencia de límites a la violencia perversa y psicopática constituida cada vez con más fuerza. El recrudecimiento de las violencias privadas, interindividuales e intrafamiliares, de conductas antisociales. Envejecemos observando que la trama social se descompone, mientras el individualismo triunfa, formulándonos nuevamente la misma pregunta: ¿nos queda algo por hacer?

Supimos ser solidarios, supimos también vivir en conjunto o en familia, sin que ello implicara una implacable violencia degradante. Hemos observado, trabajado, investigado e intervenido desde el punto de vista psicoanalítico y también como miembros de la sociedad a la cual pertenecemos en forma activa con respecto a la violación de los límites, de familias o individuos. Así se ha trabajado también en ciudades o países violentados de formas crueles.

Surge así una pregunta más: ¿se trata acaso de una nueva forma de subjetivación o una nueva forma de dominio y autoridad? Ninguno de estos hechos nos es ajeno; son parte de la historia de la humanidad, solo que ahora están iluminados con luz propia e hiperconectada. Es esa misma luminiscencia inquietante la que parece dar autoridad a las masas y sus líderes de volver creíbles discursos enceguedidos de odio que se vuelven insoportables al mostrar la miseria psíquica colectiva.

LA REVOLUCIÓN DE LA LONGEVIDAD

Este es el título del libro escrito por Theodore Roszak (2001), en el sentido de una verdadera transformación social y política que tiende a disolver la legitimidad del modelo tecnocrático y militarista imperante.

El tema de la longevidad comenzó a adquirir notoriedad en los inicios de los setenta, apareciendo así una nueva filosofía proedad que emergió en el seno mismo de lo social, de los propios activistas y protagonistas que encarnaban el nuevo peso numérico y político del sector más longevo de la sociedad. Fue el propio Roszak quien años después habló sobre la *revolución de la longevidad*. Allí señala que

esta no es una de esas revoluciones que se pelean en las barricadas y que raramente acaban en el resultado planeado. La de la longevidad es una revolución sin líderes ni plan, tan silenciosa como inevitable. No puede ser derrotada, no puede fracasar, ya que es una faceta inherente al desarrollo de la moderna sociedad industrial. Parecería ser un derivado natural y deseable del progreso y civilización. Parecería ser un movimiento a favor de la vida, invencible por ser expresión del más simple y elemental anhelo del corazón humano: el de vivir un día más. (pp. 5-6)

Sin embargo, la contracultura sesentista combatió las estructuras y valores establecidos, abrazó las causas de todos los grupos oprimidos: derechos civiles, feminismo, antipsiquiatría, etc., pero la fuente de sufrimiento y de injusticia se centró en el olvido y postergación de los más viejos. Por el contrario, los mayores tenían para el movimiento de la contracultura otra connotación, eran los villanos con sus odiosas ideas conservadoras a los que había que derrotar.

Curiosamente, fue el mismo historiador Roszak (1969), creador del término *contracultura*, quien expresó que no podía imaginar a nadie cambiando el curso de la historia que no fueran los jóvenes, a no ser los más jóvenes aun. Sin embargo, su fervor sesentista tuvo un vuelco inesperado al enfermarse gravemente y salvarse gracias a la tecnología de científicos no tan jóvenes y con mucha experiencia. Siguió escribiendo y posteriormente se refirió de manera muy diferente a lo que pensaba en los años sesenta.

Así lo expresa Roszak (2001):

Creer que el cambio viene del fervor ideológico, que la historia se hace a través de imponer ideas brillantes no probadas, es un triste aunque muy común malentendido [...]. Es necesario algo de crecimiento y algo de maduración

para aprender que los cambios duraderos provienen no de teoría o principios, sino de la sabiduría del corazón –con lo cual quiere decir verdades que uno aprende de una vida completa y bien examinada-. (p. 170)

Las primeras medidas humanitarias y sanitarias que a la larga desembocarían en una creciente población de adultos mayores estaban destinadas a niños y bebés. Nadie lo predijo en su momento, pero ese era el primer paso en la dirección de la longevidad masiva. Aumentar los índices de sobrevivencia de los bebés era el plan fundamental, pero el resultado no previsto fue el de un creciente número de personas mayores.

Si bien el envejecimiento poblacional es un fenómeno demográfico sin precedentes en la historia, es un hecho que preocupa cada vez más a gobiernos y organizaciones, estudiado por sus implicaciones económicas y sociales. El vertiginoso progreso científico y tecnológico del siglo XX y lo que va del XXI parecería hacernos vivir en un futuro de ciencia ficción. Las tasas de natalidad en constante caída muestran en forma silenciosa el envejecimiento poblacional.

Sin embargo, la longevidad para familias de bajos recursos, empobrecidas, para ciudades sin infraestructura, para países con enormes diferencias con respecto al trato del anciano no deja de ser un problema de difícil solución. Tal vez uno de los elementos fundamentales esté centrado en el hecho de cómo vivir la vejez, tener un techo propio, tener el dinero suficiente para que no sean los hijos los que tengan que sustentar a los mayores, que puedan aunque más no sea comer y vivir en un lugar decente.

Depende del envejecimiento y su entorno, pero depende también del hecho de querer seguir viviendo o no. Por un lado, sabemos que uno de los mayores índices de suicidio se encuentra justamente en esta franja etaria, mientras que, por otro, en mi país, Uruguay, se ha otorgado ya media sanción a la ley de eutanasia. Este es, desde mi punto de vista, uno de los caminos más sensatos y prudentes a través de los cuales se puede decidir, por diferentes causas analizadas y estudiadas, *finalizar la vida por propia voluntad*.

¿SUICIDIO, HOMICIDIO, DEMENCIA SENIL O CONTINGENCIA?

En mi ciudad, un parque sumamente espacioso, grande y hermoso se encuentra rodeado por numerosos edificios que consiguen tener una vista vastamente despejada. Desde algunos de ellos se observa a lo lejos el mar, desde otros se observa el verde de los árboles centenarios que dan un respiro a la enorme muchedumbre que ocupa los departamentos alrededor del parque. La plaza de juegos para niños se encuentra siempre llena, generalmente a partir de las primeras horas de la tarde; los asientos se encuentran lo suficientemente distanciados como para que quien desee pueda disfrutar de un momento relajado. A la mañana, se pueden observar personas realizando deportes, niños con sus padres camino a las escuelas de la zona. En la tarde los jóvenes irrumpen en el césped prolijo formando diferentes rondas, mientras que en otras zonas puede verse la llegada de personas de todas las edades que sacan a pasear a sus mascotas luego de volver del trabajo. Es muy extraño observar esa extensión verde vacía, sin gente.

Sabemos que estamos viviendo en un mundo excesivamente inquieto, incierto, aunque siempre pensamos que las situaciones extrañas suceden en otro lado, y no en nuestra ciudad.

Esa mañana, algunos meses atrás, miré a través de mi ventana y noté que era un hermoso día de sol, a pesar de estar en invierno. Era temprano, pero no tanto, los niños ya estaban en clase, los deportistas seguramente se preparaban para salir a su trabajo y yo me encontraba parada frente a la ventana, justamente, mirando las copas de los árboles.

De pronto, sentí un estruendo ensordecedor, cuya sensación revivo mientras escribo este texto. Pensé que algo había explotado en mi casa, los cuadros que tenía colgados en la pared, muy cerca de donde me encontraba, comenzaron a caer. Creí sentir un movimiento sísmico, pero pensé que sería una fantasía debida a la angustia. Ante tal impresionante explosión, quedé inmóvil, paralizada, viendo de pronto caer vidrios de mi propio edificio desde pisos más altos; caían también vidrios de edificios de alrededor del parque.

La imagen era aterradora, pero más aun el sentimiento de incertidumbre de no saber qué estaba sucediendo y si estaba preparada para un nuevo sonido de explosión. Las noticias sobre la guerra en Ucrania me

mantenían en vilo, y pensé en un primer momento en un atentado, quizá un terremoto... Rígida e inmóvil, no logré hacer otra cosa que no fuera quedarme mirando, intentando entender o quizás solamente pensar.

Momentos después, cientos de cabezas comenzaron a asomarse de los ventanales de los edificios y noté que del otro lado del enorme parque comenzaban a llegar numerosas ambulancias, policías, vallaron de la zona. La gente se agolpaba frente a un edificio lejano. A pesar de la gran distancia, se distinguía una enorme estela de humo negro que comenzó a emerger de un departamento del otro lado del parque y muy lejano al mío.

Hoy en día la globalización y las tecnologías nos permiten, para bien y para mal, saber inmediatamente lo que sucede en gran parte del mundo. Mi teléfono comenzó a sonar, no lograba leer la cantidad enorme de Whatsapps que iban apareciendo sin pausa.

Aún espantada por el ruido de la explosión, me llamó la atención que, incluso desde otros países, algunos pacientes también repetían la misma pregunta que me hacían mi familia y mis amigos: «¿Estás bien?». «¿Te pasó algo?». «¿Fue en tu edificio?». A esa altura, estaba prendido el televisor de mi casa, mostrando muy de cerca lo que yo veía de lejos: la explosión de un departamento que además había derribado la pared lindera de otro edificio.

El departamento estaba habitado por un matrimonio, un hombre de 89 años y su mujer, de 85. La razón de la explosión, según la prensa y los vecinos, fue causada por un escape de gas. El edificio quedó estructuralmente dañado y, por lo tanto, todos sus habitantes tuvieron que abandonarlo por riesgo de derrumbe.

El matrimonio debió ser internado en el centro de quemados. La muerte de ambos no fue inmediata; primero falleció el hombre y, varias semanas después, su esposa. Acontecimientos como este suceden en todas partes del mundo. No siempre son noticia, pero cuando se trata de una ciudad y un barrio donde las personas más o menos se conocen, la noticia pasa a hurgar aspectos personales que nos hacen cuestionar los motivos de determinadas situaciones.

Lentamente fui conociendo la historia del matrimonio que, a instancias de este trabajo, no tiene demasiada importancia; tal vez lo que realmente importa en este caso es que cuando la historia nos involucra y pensamos que quizás podríamos llegar a estar en una situación similar, es cuando

tocamos ese punto que Freud ha sabido expresar tan bien en su trabajo sobre *Lo ominoso* (1919/1976c), *Heimlich-Unheimliche*. El propio hogar se volvió una cámara de gas, y así fue que falleció el matrimonio.

Freud se anticipa con este texto al mecanismo de identificación proyectiva, proponiendo la idea de que el sentimiento ominoso no es creado por la incertidumbre sobre si un objeto está vivo o muerto, sino por el deseo o la creencia infantil que lo relaciona al «doble»: el sujeto se identifica con alguien más, así entra en duda sobre cuál es él, o sustituye el *self* extraño por su sí mismo. En otras palabras, hay un desdoblamiento, una división intercambiable del *self*. El doble es una defensa ante las ansiedades de muerte, un reaseguro contra la destrucción del yo y negación del poder de la muerte. Pero, tal como Freud establece, el doble puede revertir su aspecto: de ser un reasegurador de la inmortalidad se puede volver un presagio: lo ominoso mortífero.

¿Fue suicidio? ¿Fue homicidio? Podríamos responsabilizar a la edad del matrimonio, a la vejez, al prejuicio y perjuicio que hay sobre la edad de los mayores. ¿Alcanza? No, no alcanza. Los propios vecinos del edificio acusaron a las víctimas de causar la explosión. Parecería que, en diferentes circunstancias aterradoras de la vida, es necesario encontrar un culpable. Prejuicio en este caso de ¿acto criminal? ¿Debemos acaso catalogar todo acto que provoca muertes y heridos como un acto criminal? ¿No conocemos acaso seres humanos aborreciblemente criminales que parecen gente de bien?

La palabra que me surgió en aquel momento fue en inglés: *wild*, que se traduce normalmente por «salvaje», pero también podría decirse de alguien que no está «domesticado», este sería también salvaje; sin embargo, esto no define lo que es, sino lo que se espera del otro. Aun domesticados, seguimos conservando ese lado salvaje, sin refinar, que nos hace repetir una y otra vez los mismos horrores de tantos siglos de masacre, hostigamiento y muerte.

Quizás para muchos seres humanos exista la creencia (o prejuicio) de que estamos constituidos tempranamente por buenos valores u hondas ideas espirituales que se encuentran dentro del cuerpo. Estos preconceptos tan errados son prejuiciosos, logran producir profundos malestares cuando determinadas situaciones se vuelven el reverso de lo esperado. Así

sucede con la violencia descarnada, las violaciones en masa, la destructividad sin límites producto de guerras sangrientas con las cuales también se juega con el ser humano, se lo ata, se lo viola para matarlo luego de haberlo fustigado, azotado y degradado. Allí donde se cree sin prejuicio en la virtud del otro, nos encontramos con seres deshumanizados que provocan desilusiones letales.

Para finalizar, deberemos reconocer que el envejecimiento tiene la cualidad de no tener color, ni bandera ni sexo. Nos toca a todos; por lo tanto, tendremos que aceptar que es un hecho simplemente humano. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Ameisen, J. C. (1999). *La sculpture du vivant: Le suicide cellulaire et la mort créatrice*. Seuil.
- Butler, J. (2014). Politics of the death drive: The case of the death penalty. En J. Butler, *On cruelty: The death penalty*. LRB.
- Cadierno, G. (14 de junio de 2020). Un mundo sin Borges. *InfoRegión*. <https://www.inforegion.com.ar/2020/06/14/un-mundo-sin-borges/>
- Chabert, C. (2016). Transfers d'affects. En J. André y C. Chabert (dir.), *Vie et mort des affects*. PUF.
- Flechner, S. (2020). De un cuadro de Blanes a la pandemia por el Corona. En E. Palacios (coord.), *Ventanas: Miradas y voces sobre la pandemia*. Prismática.
- Freud, S. (1976a). Nuestra actitud hacia la muerte. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1976b). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930 [1929]).
- Freud, S. (1976c). Lo ominoso. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 17). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919).
- Freud, S. (1976d). Más allá del principio del placer. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Goutal-Valière, H. (2003). La sculpture du vivant: Le suicide cellulaire ou la mort créatrice de Jean-Claude Ameisen. *Revue Française de Psychosomatique*, 1(23), 181-190.
- Green, A. (1986). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1983).
- Green, A. (2014a). Actualización a modo de despedida. En A. Green, ¿Por qué las pulsiones de destrucción o de muerte? Talleres Gráficos Color Efe. (Trabajo original publicado en 2007).
- Green, A. (2014b). La apoptosis, la muerte celular autoprogramada. En A. Green, ¿Por qué las pulsiones de destrucción o de muerte? Talleres Gráficos Color Efe. (Trabajo original publicado en 2007).
- Kimelman, D. y Taranto, F. (2022). *Oncofertilidad: Aspectos prácticos y abordaje interdisciplinario*. Oficina del Libro.
- Levy, B. H. (1978). *La barbarie con rostro humano*. Monte Ávila. (Trabajo original publicado en 1977).
- Lijtenstein, M. (1984). La soledad del psicoanalista. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 62, 96-102. <http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/949/785>
- Melich, J. M. (2012). *Filosofía de la finitud*. Herder.

Redacción Perfil (15 de marzo de 2009). Yo quisiera estar en el cementerio de acá. Perfil. <https://www.perfil.com/noticias/columnistas/yo-quisiera-estar-en-el-cementerio-de-aca-20090314-0053.phtml>

Ricoeur, P. (1970). La patética de la miseria y la reflexión pura: La perspectiva finita. En P. Ricoeur, *Finitud y culpabilidad* (pp. 50-55). Taurus. (Trabajo original publicado en 1960).

Roszak, T. (1969). *The making of a counter culture: Reflections on the technocratic society and its youthful opposition*. Doubleday.

Roszak, T. (2001). *Longevity revolution: As Boomers become elders*. Berkeley Hills.